

ICONOGRAFÍA IGNACIANA EN HISPANOAMÉRICA

Fernando Arellano s.j.

Hace falta valor para encargar un trabajo literario a un anciano de 93 años y no menos valor para negarse cuando el que lo pide es un amigo. El trabajo en cuestión es un estudio sobre la iconografía ignaciana en la América española. La iconografía ignaciana se origina en Europa donde vivió y murió San Ignacio de Loyola. El santo, mientras vivió se negó siempre a posar ante un pintor. Ante las modernas cámaras fotográficas el posar es cuestión de un momento y aun así hay algunos que no se dejan retratar. En el caso de San Ignacio, sus hijos no se resignaron a perder para siempre los rasgos de su rostro y por eso comenzaron por hacer sacar mascarillas de cera o yeso de su cara. Una de las mascarillas se encuentra en la santa casa de Loyola. Muestra un rostro un poco hinchado y no puede compararse con la estupenda mascarilla de San Francisco de Borja, que a juicio del famoso pintor vasco Ignacio Zuloaga es uno de los mayores tesoros de Loyola. No contentos con las mascarillas los padres de la casa generalicia encargaron al pintor romano Iaccopino del Conte que pintara un retrato al óleo del santo inspirándose en las mascarillas. Hizo un retrato que muestra al santo en la plenitud de su vida con una atrayente expresión. La obra se guarda en la casa generalicia de la Compañía en Roma y ha servido de modelos para muchos retratos de San Ignacio. Más aceptación tuvo el retrato pintado pocos años después por el famoso pintor español Alonso Sánchez Coello por encargo del P. Pedro de Ribadeneira, que guió la mano del pintor para lograr el mayor parecido posible. Por expreso mandato del general San Francisco de Borja,

80 Ribadeneira escribió primero en latín humanístico (1572) y después en sabrosa prosa castellana la “Vida del P. Ignacio de Loyola (1583). Ribadeneira escribió una biografía renacentista y clásica, que inició una nueva era en la hagiografía universal. “El Humanismo no produjo biografía alguna que pueda parangonarse con la obra de Ribadeneira”, dictaminó la gran autoridad de Eduard Fueter en su *Historia de la moderna historiografía*. No discrepan del historiógrafo suizo ni el genio de Menéndez y Pelayo, ni la mucha ciencia de Rafael Lapesa. Ribadeneira hace el siguiente retrato hablado de San Ignacio:

“Fue de estatura mediana o, por mejor decir, pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y bien dispuestos; tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada; los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba; las orejas medianas, la nariz alta y, el color vivo y templado. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que con serenidad alegraba a los que le miraban y con su gravedad los componía”.

Volviendo al pintor Sánchez Coello hay que decir que se formó en los Países Bajos con el pintor Antonio Moro, trasladándose después a la corte de Felipe II, que lo nombró pintor del Escorial y de su familia. Dejó estupendos retratos de Don Carlos y de las hijas del monarca. La iconografía de San Ignacio en España es de una calidad extraordinaria, pero esto no entra en el tema que se ha asignado y lo dejo para mejor pluma.

Finalmente hay que añadir, que el retrato de San Ignacio de Sánchez Coello pereció cuando las turbas quemaron la casa de los jesuitas en la Gran Vía de Madrid. Afortunadamente se conservan muchas copias del original.

Arte jesuítico en la América española. Los jesuitas invaden las “Indias del emperador”. Una de las primeras peticiones que recibió San Ignacio para que enviase algunos operarios de la recién fundada Orden

a los dominios de Carlos V en las Indias, fue sin duda la que se dirigió por escrito el Doctor Juan Bernal, miembro de Consejo de Indias. Este renombrado canonista escribió al P. Ignacio una carta en la que instaba para que algunos de sus hijos se encargasen de catequizar a los primeros indios convertidos. Ignacio le contesta el 16 de enero de 1543, tres años después de la fundación de la Compañía, cuando eran tan pocos los miembros de la Orden, lamentando no poder complacerle por falta de personal. También del Perú le llegaron peticiones al Fundador. El nuevo virrey, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, manifestó el deseo de llevar consigo algunos padres. El Comisario de la Compañía escogió dos sujetos, pero los misioneros designados no pudieron embarcarse, y el navío que iba a hacer la travesía naufragó trágicamente. Los misioneros fueron los únicos que salvaron sus vidas. Todavía no había llegado su hora, comentó el P. Borja. El antiguo deseo de San Francisco de Borja de mandar jesuitas al Perú se cumplió en 1568, tres años después de haber sido nombrado tercer General de la Compañía de Jesús. El envió se hizo a requerimiento del mismo Felipe II. Embarcados en noviembre de 1567 en Sanlúcar, arribaron a Panamá en enero de 1567, y el primero de abril hacían su entrada en Lima. Diéronles caritativo hospedaje los frailes de Santo Domingo.

Las iglesias de la Compañía en Hispanoamérica. Las iglesias de los jesuitas en “las Indias del emperador” son muchísimas, esparcidas por todo el territorio americano desde Méjico hasta la República Argentina, inspirados la mayoría en la iglesia de Gesú de Roma. Se conocen de ordinario con el nombre de Iglesia de la Compañía o Iglesia de San Ignacio. La cara del santo es inconfundible, y de ordinario presenta algunos rasgos más característicos del retrato de Sánchez Coello.

La Compañía de Lima. Llegados los jesuitas a Lima se apresuraron a construir una pequeña iglesia, de una sola nave. Púsose la primera piedra el 29 de junio de 1569, fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, por lo que se dio el nombre de San Pablo. Los vecinos principales se desprendieron de imágenes y objetos de plata para adornarla.

Los padres creyeron que su iglesia era una maravilla, a juzgar por el informe enviado a Roma por el provincial Jerónimo del Portillo. Cuando medio siglo más tarde se comenzó la construcción de la nueva iglesia, ya se había dado el salto del Renacimiento al Barroco. En 1618, la Congregación provincial nombró procurador a Roma al P. Nicolás Durán Mastrilli, quien al volver trajo consigo una copia de la magnífica iglesia del Gesú de Roma, con ánimo sin duda de servirse de ellos en el proyectado templo de San Pablo de Lima. Sin embargo, la iglesia de Lima no sigue fielmente los planos de Vignola ni copia la fachada de Giacomo della Porta. Tal vez los planos romanos se tuvieron solo en cuenta como prototipo. La iglesia de San Pablo cambió de nombre y se llamó iglesia de San Pedro por la manía que hubo de cambiar el nombre de las iglesias de la Compañía después de la expulsión de los jesuitas por Carlos III. Al contemplar la nave central del templo, no se imagina uno el esplendor increíble de las naves laterales, con sus arcos fajones revestidos de una riquísima ornamentación hecha a base de lujosísimas aplicaciones de follaje cubierto de panes de oro. Los retablos de las alturas laterales lucen estupendas esculturas que con toda razón se han atribuido a Gregorio Hernández y a Juan Martínez Montañés. Desgraciadamente se ha perdido la documentación que acreditaba la pertinencia a los famosos artistas españoles. Las esculturas representan a San Francisco Javier y a Francisco de Borja. Es lástima que los padres no encargaran una estatua de San Ignacio. Las esculturas de Javier y Borja son las mejores tallas del Perú y aun de toda América. San Ignacio tiene naturalmente su altar.

La Compañía del Cuzco. Nos encontramos ante una de las grandes obras del barroco hispanoamericano y aun del barroco universal. No creemos, dice Cossío Pomar (*Arte del Perú colonial*, 133), que otra iglesia aventaje a ésta como ejemplo de arquitectura colonial en América, ni que aporte tantos elementos nuevos el arte barroco cuzqueño en el siglo XVII. Lo más sorprendente e incluso increíble de la iglesia cuzqueña es el nombre de su autor. Hay pruebas fehacientes de que el autor fue el anciano jesuita, de origen flamenco, Juan Bautista Egidiano. En las cartas y crónicas familiares de la Orden se dice que la iglesia del Cuzco se hizo

“por cuidado e industria del Padre Juan Bautista Egidiano, con continua asistencia y excesivo trabajo de su persona”. La “carta de edificación” que se mandaba anualmente a Roma no deja lugar a dudas pues afirma que el P. Egidiano “levantó desde su cimiento este bellissimo templo de la Compañía, con razón llamada la maravilla de este nuevo mundo”. Autores como Marco Dorta y Harold Wethey se han “rendido ante la evidencia”. La Compañía del Cuzco es de planta típicamente jesuítica, inspirada más o menos libremente en los planos del Gesú de Roma. Es típico del barroco peruano la profusa decoración pictórica de las iglesias. Todo el amplio paramento del fondo del coro está cubierto con un enorme mural que representa la gloria de San Ignacio en el cielo, acompañado de todos los santos y varones ilustres de la Orden. Son de un interés extraordinario, por reproducir sucesos históricos y por reflejar las costumbres de la época, los dos grandes cuadros que se encuentran a uno y otro lado de la entrada principal, debajo del coro. La figura central y principal es la de San Ignacio de Loyola. En ellas se ha querido perpetuar la memoria de los enlaces matrimoniales celebrados entre miembros de las casas de Loyola, Borja, Javier e incluso de la dinastía inca. Las correspondientes leyendas, visibles al pie de los cuadros, lo dicen todo. Dice el de la mano izquierda:

“Don Beltrán García de Loyola, hermano mayor de San Ignacio de Loyola, casó con una hija de Doña Lorenza Idiáquez, y un hijo de Doña María de Idiáquez casó con Doña Magdalena de Loyola, hija de Don Martín García de Loyola. Con estos matrimonios emparentaron entre sí San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, cuya casa y sangre están hoy en los Excms. Srs. Idiáquez, Duque de Granada, Conde de Javier y Grande de España de Primera clase”.

La leyenda del cuadro de la derecha reza así:

“Don Martín de Loyola, Gobernador de Chile, sobrino de N.P.S. Ignacio, hijo de su hermano mayor D. Beltrán de Loyola, casó con Doña Beatriz Ñusta heredera y princesa del Perú como hija de D. Diego Inca, su último rey, por haber muerto sin hijos su hermano, M.D. Felipe Inca. De D. Martín y Doña Beatriz nació Doña Lorenza

Ñusta de Loyola quien pasó a España por orden de nuestros Reyes Católicos, y la casaron en Madrid con el Excmo. Sr. D. Juan de Borja, hijo de San Francisco de Borja y Embajador del Sr. Rey Felipe III en Alemania y Portugal. Con este matrimonio emparentaron entre sí con la real casa de los Reyes Incas del Perú las dos casas de Loyola y Borja cuya sucesión está hoy en los Excms. Sres. Marqueses de Alcanises, Grandes de Primera Clase”.

En el primer cuadro acompaña a San Ignacio, San Francisco Javier, y en el segundo San Francisco de Borja.

El relato histórico se enriquece con diversos grupos de personajes repartidos por todo el cuadro a la manera de algunos cuadros italianos del siglo XV, que cuenta la vida de un santo repartiendo por el cuadro escenas de diversas épocas. San Ignacio aparece de pie, con sus facciones tradicionales y con el Libro de las Constituciones de la Compañía en las manos, cosa característica en la iconografía ignaciana. Una hermosa talla del Santo, de gran tamaño aparece en el retablo principal de la Iglesia.

A ambos lados de la iglesia de la Compañía y un poco en segundo término, se alzan a mano izquierda la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, y a la derecha la portada de la Universidad de San Ignacio de Loyola.

La Compañía de Arequipa. La traza del templo sigue el tipo tradicional de la Compañía: amplia nave con capillas laterales, crucero y cúpula sobre pechinas. En el retablo mayor, junto a la estatua de la Virgen, San Joaquín y Santa Ana, se ven otras de San Ignacio y de otros Santos de la Compañía de Jesús. Comunicada con la iglesia, hay una capilla del siglo XVII dedicada a San Ignacio aunque popularmente es conocida como la Capilla Sixtina por su deslumbrante decoración. La pequeña cúpula es de una belleza increíble. En el testero principal, sobre el altar de San Ignacio, hay un cuadro con la llamada “Visión de la Storta”, en donde Cristo se aparece al futuro fundador de la Compañía prometiéndoles su favor en Roma.

El claustro de la Compañía en Arequipa. El claustro, de una sola planta, se distingue por su riquísima ornamentación. Lleva la fecha

de 1738. Después de la expulsión de los jesuitas en 1767, el antiguo colegio y el claustro sufrieron el abandono de sus sucesivos propietarios. Hoy se los reparten varias firmas comerciales. Hace poco se instaló en el claustro un centro de diversión profana, bajo la atónita mirada de San Ignacio, cuya pequeña estatua en piedra se alza en uno de los patios. El motivo ornamental de los arcos y pilares está íntimamente con la suntuosa fachada de la iglesia.

Barroco jesuítico en México. Todo lo que se diga de la fastuosidad del barroco mexicano durante el siglo XVIII parecerá poco. Los tratadistas mexicanos lo designan con el nombre de churrigueresco. En la Nueva España, lo mismo que en la Península, el barroco es un estilo temporal en el sentido de que refleja el ambiente total de una época.

La Profesa de México. La iglesia de la Casa Profesa que hoy conocemos se edificó entre los años 1714 y 1720. En la terminología jesuítica se llama “profesa” no puede tener ni capital ni rentas fijas, sino que debe sostenerse exclusivamente de limosnas. La Profesa de México sufrió la misma suerte que las demás casas de la Orden cuando los jesuitas fueron expulsados por Carlos III “por razones que se reservó en su real pecho”. La Profesa es obra del gran arquitecto mexicano Pedro de Arrieta. Sus obras más famosas son la Basílica de Guadalupe, el gran edificio de la Inquisición y la Casa Profesa. Esta iglesia es una de las creaciones capitales de la arquitectura barroca mexicana. Es de tres amplias naves, sin capillas laterales. Arrieta creó un interior de amplitud, elegancia y ligereza verdaderamente excepcionales. Con todo es en el exterior donde más se manifiesta su personalidad. En la portada misma, el esquema general es fundamentalmente el de las portadas laterales de la Basílica de Guadalupe. En el segundo cuerpo de la fachada domina el gran relieve de la aparición de Cristo con la Cruz a cuestas a San Ignacio, cuando éste se dirigía a Roma para fundar la Compañía y oye las palabras del Señor: “Yo te seré propicio en Roma”. La visión tuvo lugar cerca de Roma, en la capilla de Storta.

El colegio de San Ignacio, llamado de las Vizcaínas. Fue construido bajo la dirección de los jesuitas por la Cofradía de los Vizcaínos

86 de Ntra. Sra. de Aránzazu. En el grandioso retablo central luce una excelente estatua de San Ignacio. La institución es para la educación de la juventud femenina. La planta original se encuentra en el Archivo de Indias de Sevilla.

Tepozotlán: Colegio e iglesia de la Compañía. Tepozotlán es una de las grandes joyas del arte mexicano y del arte universal. El antiguo Colegio-Noviciado de la Compañía de Jesús, incautado por el gobierno mexicano, es hoy Museo de Arte religioso, y su iglesia, sala de conciertos, una de las salas más lujosas del mundo. En Tepozotlán todo está admirablemente cuidado por su ilegítimo propietario actual, el gobierno mexicano. Hasta los deslumbrantes altares de la fabulosa iglesia están listos para el culto, con manteles y candelabros. El cuerpo de la iglesia se considera construido entre 1670 y 1678. El interior de la iglesia es cruciforme, con pilastras y arcos lisos. El conjunto de retablos que cubre todo el ábside y el crucero es algo indescriptible. En total son trece. Manuel Toussaint, el historiador del arte mexicano se entusiasma y pierde los estribos al describir el interior del templo.

La estupenda fachada de Tepozotlán, juntamente con las del Sagrario (iglesia adosada a la catedral de México) y la de la santísima Trinidad de Lorenzo Rodrigues, forma la tríada de las grandes fachadas barrocas mexicanas. No hay nada igual fuera de Hispanoamérica. La fachada de Tepozotlán es la más ostentosa de todas. La impresión general que produce la fachada es la de un riquísimo tapiz de follaje. En el interior sobresale el maravilloso retablo del fundador de la Compañía.

Iglesia de San Ignacio de Bogotá. La mayoría de los estudiosos han aceptado la idea de que la iglesia del Gesú de Roma se tomó como modelo para la iglesia de Bogotá. Discrepa Diego Angulo. Parece que el arquitecto de San Ignacio se inspiró en el modelo jesuítico español, inspirado sólo lejanamente en el romano, como puede verse en la Clerecía de Salamanca, en la Compañía de Toledo (San Juan Bautista), en San Isidro de Madrid (antiguo Colegio imperial de la Compañía) y en otras iglesias. Según recientes investigaciones de José Mesa y Teresa Gisbert

(Boletín del Centro de investigaciones históricas n° 23. pp.125 y ss.), el autor de los planos definitivos de San Ignacio de Bogotá fue el hermano jesuita español Pedro Pérez, quien había colaborado con el célebre hermano Pedro Sánchez, uno de los arquitectos jesuitas mejores de España. El H. Pedro Pérez era arquitecto profesional. Fue enviado a Bogotá en 1612 por el general de la Orden Claudio Acquaviva para dirigir las obras de San Ignacio. Parece cierto que el autor de la planta de la Iglesia y Colegio de San Ignacio es el hermano Pedro Pérez. La iglesia de San Ignacio consta de una amplia nave central con crucero y cúpula, capillas laterales y tribuna de madera. En los testeros de la nave transversal están los retablos dedicados a San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. En las naves laterales hay retablos con estupendas esculturas.

La capilla del rapto de San Ignacio. La estupenda composición es la obra maestra de Pedro Laboria, el mejor escultor de Colombia. El soberbio retablo representa el rapto o éxtasis místico que experimentó San Ignacio en el Hospital de Manresa (Cataluña) en el que Dios le reveló el futuro de la Compañía de Jesús. En un espacio que mide unos tres metros de altura con algo más de dos metros de anchura, coloca Laboria figuras de cuerpo entero y alto relieve, juntamente con efectos de perspectiva para dar impresión de falsas lejanías. El artista se vale del recurso de los planos, uno terrestre y uno celestial, muy empleado en el Renacimiento y por el Greco en varios cuadros como el Entierro del Conde de Orgaz y el Martirio de san Mauricio. En la parte inferior del Rapto vemos al Santo en su arrobamiento sostenido por un ángel. En un segundo término otros tres ángeles sostienen símbolos referentes a la futura Compañía de Jesús. Una cascada de angelitos enlaza el plano terrenal con el celeste, que está dominado por un sol resplandeciente en cuyo centro aparece un triángulo, símbolo de la Santísima Trinidad. La obra de Laboria está firmada y fechada en 1749. Otras de las obras de Laboria, que está en un retablo de la nave lateral derecha, es la estatua de San Francisco de Borja, duque de Gandía, quien renunció al mundo y llegó a ser tercer General de la Compañía. Según Marco Dorta (en la Historia de

88 Angulo, II, 80), la iglesia de San Ignacio es el mejor edificio religioso que se construyó en Bogotá en el siglo XVII.

La Compañía de Quito. Como escribe Diego Angulo “entre la espléndida serie de templos que los hijos de San Ignacio construyeron en tierras de América, ocupa lugar preferente la Iglesia de Quito, tanto por lo costoso de su construcción como por las obras de arte que encierra” (*Historia del Arte*, II, 104) Después de mucho peregrinar por la ciudad pudieron levantar su iglesia y colegio en uno de los solares mejores de la ciudad, a un paso de la Plaza de San Francisco. Comenzada poco después de 1605, la iglesia de Quito quedó concluida en 1613. El modelo de la Iglesia de Quito fue la del Gesú de Roma. Prototipo de la mayoría de los templos jesuíticos de América, aunque como vimos al hablar de San Ignacio de Bogotá, tuvo mucha influencia el modelo español. Se ignora quién fue el autor de los planos de Quito, aunque hay bastantes datos sobre los arquitectos que intervinieron en la construcción. Todos fueron hermanos jesuitas. Es posible que hubiera puesto la mano en la construcción el afamado alarife Martín de Azpitartu, jesuita natural de Azpeitia. El primer arquitecto que figura en las obras es el hermano arquitecto Miguel Gil de Madrigal, bajo cuya dirección se acabó el crucero en 1634. El año 1636 llegó a Quito el hermano Marcos Guerra, experimentando arquitecto que fue puesto al frente de las obras de la iglesia. Por su intervención en muchos edificios quiteños fue nombrado por el Cabildo de Quito alarife (arquitecto) de la ciudad. Era además un excelente escultor y ejecutó retablos e imágenes tanto para la Compañía como para otros edificios religiosos. Para la iglesia de la Compañía talló una estupenda escultura de San Ignacio para el soberbio retablo del Santo en un extremo del crucero, que rivaliza con el retablo de la Capilla Mayor.

Siguiendo el modelo instaurado por Vignola en el Gesú de Roma, la planta de la Compañía de Quito se distribuye en forma de cruz latina inscrita en un rectángulo, con una amplia nave central, brazos de crucero y naves laterales de capillas. Las capillas laterales se cubren con pequeñas cúpulas provistas de linternillas. Los dos altares del crucero, consagrados

a San Ignacio y San Francisco Javier, rivalizan en magnificencia con el retablo mayor. Todo en ellos es un primor de arquitectura y de orfebrería. El oro lo cubre todo. Llama poderosamente la atención todo el conjunto de la decoración del templo, de una increíble suntuosidad, única en el mundo. Al entrar en la iglesia se tiene la impresión de que todo, fuera del piso, está cubierto de oro.

El mudejarismo, tan arraigado en Quito (como en las iglesias de San Francisco y Santo Domingo, cuyos alfares moriscos compiten con los mejores de España) se impuso en un edificio tan clásico como la Compañía de Quito, donde todo el techo está cubierto con vistosas lacerías típicas de la carpintería morisca.

La fachada de la Compañía. La obra maestra que la arquitectura del siglo XVIII dejó en Quito es la estupenda fachada de la Compañía. Obra de un arte puramente europeo, en ella luce toda la magnificencia de la Compañía de Jesús, desplegando dentro un esquema de sobrias líneas el barroquismo de las columnas salomónicas y una decoración de fina labra que revela mano de un escultor de calidad. Los nombres de los artífices (todos jesuitas, lo mismo que los arquitectos de la iglesia) se conservan en una lápida de la hermosa fachada: el Padre Leonardo Deubler y el hermano Venancio Gandolfi. El esquema de la fachada es de gran sencillez. Su distribución en dos cuerpos tiene su más remoto precedente en la iglesia de Gesú de Roma, cuya fachada diseñó Giácomo della Porta. Cuatro estatuas de gran tamaño adornan el frente de esta fachada: en el cuerpo inferior San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, y en el superior San Luis Gonzaga y San Estanislao de Koska. La puerta principal está franqueada por seis columnas salomónicas de cinco metros de altura. El frontón interrumpido que corona la puerta principal da cabida a una imagen de María Inmaculada, rodeada de ángeles y querubines. Hay una gran cartelera con la dedicación del templo a San Ignacio. *Divo parenti Ignatio sacrum*: “Consagrado al santo padre Ignacio”.

Buenos Aires: iglesia de San Ignacio. La capital de Argentina no conserva ningún monumento de los primeros siglos de la época

hispanica. El más antiguo de los templos de Buenos Aires es el levantado por los jesuitas en honor de San Ignacio de Loyola. El primer arquitecto de categoría que actuó en el Río de la Plata fue el hermano jesuita Juan Kraus, autor de la traza del templo de San Ignacio en Buenos Aires, el más antiguo de los que subsisten en la ciudad. Fue natural de la ciudad de Pilsen (Bohemia) entró en la Compañía de Jesús en 1689 y llegó al río de la Plata en 1698. Era arquitecto profesional. El hermano Kraus solo alcanzó a planear y dejar iniciados los trabajos, pues falleció en 1714. La fábrica del templo comenzó en 1712 y se consagró, ya terminado, en 1734. El templo de San Ignacio se acomoda en general al típico esquema jesuítico: tres naves, con comunicación entre las capillas laterales, crucero coronado por una cúpula y presbiterio de forma rectangular, o sea, la adaptación española del prototipo romano. El colegio, residencia y demás construcciones anexas al templo han desaparecido.

San Ignacio en las reducciones del Paraguay. Conviene saber que el territorio de la antigua provincia jesuítica del Paraguay comprendía, además del Paraguay, casi toda la Argentina y una parte sur del Brasil. En la arquitectura de las misiones guaraníes se distinguieron claramente tres etapas, que permiten clasificar sus templos con toda precisión. La primera corresponde a gran parte del siglo XVII, en que la pobreza de recursos contribuye a construcciones arquitectónicas modestas. La segunda etapa abarca los últimos decenios del siglo XVII y coincide con la llegada de los hermanos jesuitas, peritos en las artes de la construcción y en muchos oficios artesanales. En esta segunda etapa la piedra para muros, pero se conserva la techumbre de madera. Estos templos se caracterizan por sus hermosas portadas, decoradas con las características técnicas de los indígenas amaestrados en los talleres de los hermanos jesuitas. La tercera y última etapa comienza al finalizar el primer cuarto del siglo XVIII, que es cuando llega a Paraguay el mayor contingente de padres y hermanos procedentes de los Países Germánicos y del norte de Italia entre los cuales se encontraban excelentes arquitectos, escultores, decoradores y artesanos. Esta época marca el momento de mayor prosperidad en la reducción. Algunos de los viejos templos fueron reemplazados por otros construidos

totalmente de piedra y cubiertos de bóvedas al estilo europeo, pero casi todos quedaron inacabados al producirse la expulsión dictada por Carlos III. El misionero jesuita español José Garciel nos dejó una minuciosa descripción del sistema constructivo.

El templo de San Ignacio Miní. De las treinta reducciones de la provincia jesuítica de Paraguay, la mitad quedaba en tierras que hoy son argentinas. La única misión que conserva ruinas realmente imponentes es la de San Ignacio Miní (por rara coincidencia “Miní” significa menor en guaraní, y el calificativo se usaba para distinguirla de San Ignacio Guazú o grande). El templo de San Ignacio Miní fue obra de los misioneros italianos Camilo Ángel Petagrasa y José Brasanelli. No se sabe qué parte correspondió a uno u otro en las obras. Sólo se sabe que la obra estaba muy adelantada en 1724. El templo corresponde, pues, a la segunda etapa. Lo que queda de San Ignacio, aun en su estado ruinoso, es una joya de la arquitectura colonial argentina y así lo ha visto el gobierno de la nación. Las obras de limpieza y restauración, comenzaron en 1938. La grandiosa portada principal, aun cuando muy destruida, permite apreciar una arquitectura barroca típicamente mestiza, realizada por artífices indios bajo la dirección de sus maestros europeos. El buen estado de las dos portadas laterales, el buen estado de conservación, nos permite apreciar la sorprendente habilidad de los indígenas para labrar la piedra. La iglesia medía 74 metros de largo por 27 de ancho. Era un templo regio de amplitud catedralicia. Se ha conservado la estatua de San Ignacio que conjuntamente con otras muchas esculturas reunidas en un Museo.

San Ignacio Guazú. El templo de San Ignacio Guazú fue uno de los primeros erigidos por los jesuitas en las misiones del Paraguay, y era tal vez el caso más típico de la primera etapa. Desgraciadamente las inclemencias del tiempo y la incuria de los hombres a comienzos del siglo XX lo destruyeron. Lo conocemos por una buena fotografía de su interior y por una detallada descripción del sabio naturalista don Félix de Azara.

“La iglesia, escribe Azara, fue consagrada el 16 de junio de 1648; tiene tres naves separadas por pilares cuadrados de madera. Es, sin el presbiterio, 67 varas de largo y 33 de ancho, bien pavimentada con ladrillos. La bóveda es muy pintada como la media naranja baja y ciega, y ambas son de madera. Sus cinco altares son muy grandes y llenos de tallas (...) La sacristía es capaz y más adornada y pintada que la iglesia (...) Es la mayor iglesia que hasta aquí he visto en la Provincia y las más ricas en ornamentos, candeleros y halabas”.

Del voraz incendio de San Ignacio se pudieron salvar nueve estatuas, entre ellas las de San Ignacio, Santo Domingo, San Francisco y santa Teresa de Jesús. Son esculturas bien talladas, llenas de movimiento y dignas de figurar en cualquier iglesia al lado de la buena imaginería barroca. Estas, y otras muchas estatuas se conservan hoy en los locales de la antigua residencia de los padres, que han sido habilitados como museos. La estatua de San Ignacio, titular de la iglesia, presidía el altar mayor. Mide 1,85 metros de altura; las de Santo Domingo y San Francisco, que acompañaban al fundador de la Compañía en el altar mayor y casi nunca faltan en los grandes retablos jesuíticos, tienen metro y medio de altura. Las estatuas son de madera dorada y policromada.

El pintor mexicano Miguel Cabrera (1695-1769)

Se le puede llamar el pintor de los jesuitas por la gran cantidad de cuadros que pintó para la Compañía de Jesús. Fue el pintor más importante del siglo XVIII y su fama ofuscó a los demás pintores de su siglo. La fama de Cabrera perduró incólume durante el siglo XIX, en el que poseer un cuadro suyo constituía un orgullo, hasta que la crítica, al comparar su producción con las obras de los mejores pintores mexicanos del siglo XVII, se ensañó con el antiguo ídolo. Lo cierto es que si no fue un pintor extraordinario, tampoco se le puede calificar de mediocre. Al ser expulsados los jesuitas, con la expropiación de todos sus bienes, la Compañía (todavía expulsada legalmente de México) pudo quedarse con un buen lote de

cuadros de Cabrera, que por cierto fue regalado no hace mucho al Estado. Cabrera tuvo notable éxito en su carrera artística. Fue pintor de cámara del arzobispo Rubio y Salinas, cargo que le dio prestigio y le atrajo numerosos clientes. Fundó una academia privada de pintura, de la que fue presidente perpetuo. El catálogo de sus obras conocidas abarca un sinnúmero de obras repartidas por casi todas las iglesias de México, sin contar con las que figura en muchas colecciones de la Nueva España, de España y aun de Venezuela. Entre las obras pintadas para los jesuitas se conservan en el Museo Virreinal varias telas de diversos santos de la Compañía y un cuadro de grandes proporciones que representa a la Virgen amparando bajo su manto a San Ignacio y a los demás santos de la compañía de Jesús. El padre José del Rey publicó una hermosa reproducción del mismo tema precedente de Maracaibo y atribuida a Cabrera. Como difiere tanto del cuadro del Museo Virreinal (lleno de brillante colorido y de movimiento), tenía mis dudas sobre la atribución al pintor mexicano, hasta que supe del gran comercio de cuadros que había entre México y Venezuela, que frecuentemente se pagaban en especie (en chocolate). Entre los retratos pintados por Cabrera se destaca el de Sor Juana Inés de la Cruz, La Musa de América.

EL SAN IGNACIO DE SÁNCHEZ COELLO AVALADO POR FELIPE II

Sánchez Coello hizo el retrato de Ignacio de Loyola no del natural sino siguiendo las indicaciones del retrato hablado del P. Ribadeneira. Naturalmente interesa saber qué parecido logró el pintor con el personaje real. Afortunadamente tenemos el testimonio del rey Felipe II que siendo un niño de nueve años había conocido a Ignacio en 1535 y lo reconoció inmediatamente al ver el retrato de Coello. Ignacio estaba en España el año 1535 visitando a las familias de sus compañeros (Javier, Laínez, etc). El príncipe estaba en Madrid en 1535 y se puede dar por seguro que Ignacio fue presentado al futuro rey de España por doña Leonor

94 Mascareñas, aya de los hijos de Carlos V, devotísima de Ignacio de Loyola. Doña Leonor hizo todo lo posible para ser admitida en la Compañía de Jesús como miembro femenino de la Orden. Años más tarde, al volver el rey de las cortes de Monzón, fue a besarle las manos su pintor Alonso Sánchez Coello y le mostró sus últimas obras, entre ellas el retrato de Ignacio de Loyola. Asistió a la entrevista el P. Ribadeneira y su fiel compañero el H. Cristóbal, que describió la entrevista. Dice textualmente:

<<Estúvole el Rey mirando un poco el retrato (del santo) y dixo: “Muy bueno está, mucho le perece. Yo conocí al P. Ignacio, y éste es su rostro; aunque cuando yo lo conocí tenía más barba”. Estas palabras son las formales que dijo el Rey. Este conocimiento del Rey con Nuestro Padre fue en tiempo en que Doña Leonor era su aya y N.P. acudía a doña Leonor. Entonces la buena doña Leonor le decía al príncipe: Mire mi rey, que éste es hombre santo, pídale que ruegue a Dios por V.A., y como él era un niño de nueve años, pudo hacer memoria y quedársele el rostro del Padre. Y esto de conocer, sabemos que ha tenido y tuvo S.M. felicidad, y al que vio una vez, no perderle jamás de la memoria>> (Cf. Villoslada, San Ignacio de Loyola, Nueva Biografía, p. 195)